

añudada; y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.—Está bien, dijo Sancho; y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que quereis ahora? y venid al punto, sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.—Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciése merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza; porque, para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y, de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel; y, si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo á sí mismo, fuera un bendito.—¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho.—Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; ¡pero vaya! que, en fin, no se me há podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados, para ayuda de la dote de mi bachiller, digo, para ayuda de poner su casa; porque, en fin, han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.—Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.—No, por cierto,” respondió el labrador; y apenas dijo esto, cuando, levantándose en pié el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: “¡Voto á tal, don patan, rústico y malmirado, que, si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! ¡Hi de puta, bellaco, pintor del mismo demonio! y á estas horas ¿te vienes á pedirme seiscientos ducados? y ¿dónde los tengo yo, hediondo? y ¿por qué te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? y ¿qué se me da á mí de Miguelturra, ni de todo el linaje de los Perlerines? ¡Va de mí, digo! si no, ¡por vida del duque mi señor, que haga lo que tengo dicho! Tú no debes de ser de Miguelturra, sino algun socarron que, para tentarme, te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado: aun no há dia y medio que tengo el gobierno, ¡y ya quieres que tenga seiscientos ducados!” Hizo de señas el maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el cual lo hizo, cabizbajo, y, al parecer, temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera; que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar, con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á Don Quijote con Doña Rodriguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

ADEMÁS estaba mohino y malencólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguiamiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debía á su señora Dulcinea del Toboso. “No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto, con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas, de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren; que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.” El acabar estas razones, y el abrir de la puerta, fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galoche en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes por que no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje, parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta; y, cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima

dueña, con unas tocas blancas, repulgadas y luengas, tanto, que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra por que no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos; venia pisando quedito, y movía los piés blandamente. Miróla Don Quijote, desde su atalaya; y, cuando vió su adeliño y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje, á hacer en él alguna mala fechoría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision; y, cuando llegó á la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quijote; y, si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya; porque, así como le vió tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo: "¡Jesús! ¿qué es lo que veo?" y, con el sobresalto, se le cayó la vela de las manos, y, viéndose á oscuras, volvió las espaldas para irse, y, con el miedo, tropezó en sus faldas, y dió consigo una gran caída. Don Quijote, temeroso, comenzó á decir: "¡Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres! Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo; que para esto tomé la órden de la caballería andante, que profeso, cuyo ejercicio, aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende." La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y, con voz afligida y baja, le respondió: "Señor Don Quijote (si es que acaso vuesa merced es Don Quijote): yo no soy fantasma, ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino Doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que, con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.—Dígame, señora Doña Rodriguez, dijo Don Quijote: por ventura, ¿viene vuesa merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber, que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora Doña Rodriguez, que, como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva, y departiremos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre.—¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: sí, que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues, Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que, en esta tierra de Aragon, son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas, como á remedador de todas las del mundo:" y, sin esperar respuesta, se salió del aposento, donde quedó Don Quijote, sosegado y pensativo, esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura;

y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: "¡Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas! que yo he oido decir muchas veces, y á muchos discretos, que, si él puede, antes os la dará roma que aguiluña; y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que, al cabo de mis años, venga á caer donde nunca he tropezado? y, en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso; que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna, pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: por ventura, ¿hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? por ventura, ¿hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? ¡afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo! ¡oh cuán bien hacia aquella señora, de quien se dice, que tenia dos dueñas de bulto, con sus antojos y almohadillas, al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estátuas, como las dueñas verdaderas!" Y diciendo esto, se arrojó del lecho, con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas, cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca; y cuando ella vió á Don Quijote de mas cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin, temió de nuevo, y, retirándose atrás como dos pasos, dijo: "¿Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal, haberse vuesa merced levantado de su lecho.—Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quijote: y así pregunto, si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.—¿De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña.—Á vos, y de vos la pido, replicó Don Quijote; porque ni yo soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas:" y, diciendo esto, besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice, que ¡por Mahoma! que diera, por ver ir á los dos, así asidos y trabados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa, de dos que tenia. Entróse, en fin, Don Quijote en su lecho, y quedóse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. Don Quijote se acorruco y se cubrió todo, no dejando mas del rostro descubierto; y, habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio, fué Don Quijote, diciendo: "Puede vuesa merced ahora, mi señora Doña Rodriguez, descoserse y desbuchar